

Un Dios lleno de tiempo

1.- Me sitúo aquí y ahora....

Me ubico en un lugar cómodo, con la espalda derecha... Realizo algunas respiraciones profundas para relajar el cuerpo... Si siento alguna parte especialmente tensa, al inspirar imagino que llevo el aire hacia esa zona (puede ser la nuca, el cuello, el vientre, la espalda... el lugar donde sienta la tensión)... Voy haciendo las respiraciones más lentas y más conscientes... Cierro los ojos, y quedo inspirando y expirando por la nariz... Cuento hasta 20 respiraciones completas... serenas...

2.- Una breve reflexión

No es novedad para nadie que nos toca educar en tiempos complejos. Y que estos tiempos exigen de las y los educadores una solidez especial. Independientemente de juzgar si el pasado *fue mejor o fue peor*, no quedan dudas de que hoy existen desafíos educativos que van más allá de la erudición. La cultura ha cambiado y la educación nos plantea, en su misma evolución, desafíos como *acompañar trayectorias, legitimar diversidades, interactuar multiculturalmente...* Todos retos nobles que, tomados en serio, vuelven a posicionar a la educación en la *vanguardia* de la *humanización*.

El problema está, y no nos cansaremos de repetirlo, en que seguimos intentando preparar a la gente para esos desafíos privilegiando charlas y cursos, cuando la mayoría de esas cuestiones lo que exigen es, fundamentalmente, una transformación del corazón y una re-educación emocional, por parte de los mismos educadores. Por eso es que junto con las capacitaciones cognitivas urge crear y favorecer los



espacios de otro tipo de educación, esa que toca el *otro currículum vitae*. *Invertir* en el *alma* de las y los educadores es la mejor apuesta que pueden hacer las instituciones que de verdad quieran ver cambios en su práctica educativa, en los siguientes veinte años. Obviamente, garantizándoles dignidad en la retribución de su servicio.

Una de las grandes alquimias cuyo arte debe manejar con experticia un educador de este tiempo (y de los que vienen) tiene que ver con la armonización entre PACIENCIA y MEDIACIÓN. Saber, o mejor que saber, SENTIR, cuándo, en un proceso educativo, toca esperar y cuándo toca intervenir. Y ser capaz de hacer ambas cosas con naturalidad, firmeza y decisión.... Sabiendo cambiar rápidamente de un estado al otro según la situación y la vida del niño lo demande. Habrá momentos que tendremos que esperar, perdonando *setenta veces siete* (como dijo una vez un tal Jesús, al que por algo llamaban *Maestro*, en Mt. 18, 22) con una paciencia que no sea pasividad y una aparente inacción que nada tendrá que ver con la resignación. Y otras veces estaremos llamados a actuar con mucha decisión, con sana agresividad, con intensidad y pasión, que en ningún caso debería ser desborde, enojo o sobre actuación.

Y no hablo simplemente de lo disciplinario. Esto tiene que ver también con cuándo enseñar exponiendo y cuando de otras maneras, cuándo y cómo exigir, cuándo, cómo y qué evaluar, cuándo y de qué manera confrontar a los alumnos, corregir, cuestionar.

Como en el fútbol, cuando el zaguero central tiene que saber cuándo esperar ante el ataque del rival y cuándo salir a cortarlo, o como en el arte y la música, es todo cuestión de *timing*. Y el *timing* no se aprende de *afuera hacia adentro*, sino que *madura de adentro hacia afuera*. Porque de lo que se trata, en definitiva, cuando acompañamos seres humanos, es de estar armonizados con el tiempo *natural*. Con el tiempo de *la vida*. Ese que está en las estaciones del año, en la progresión de un embarazo, en las fases de la luna...

Hay dos caminos para sintonizar con el tiempo natural. Ambos son complementarios y no son excluyentes uno del otro. Uno es LA CONTEMPLACIÓN DE LA NATURALEZA. El otro, LA ACEPTACIÓN DE NUESTRO PROPIO PROCESO INTERIOR. Por cualquiera de los dos caminos se llega a sintonizar, en definitiva, con el *tiempo de Dios*, que es a la vez eterno e inmediato.

¡Por eso es tan importante, hoy, la espiritualidad de los educadores! Pero una espiritualidad genuina. Y una espiritualidad genuina jamás escapa al tiempo de lo natural.

Cuando el Maestro Jesús (en Mt. 5, 45) decía a sus discípulos que no se apuren a juzgar a las personas, que hagan como Dios, que, mientras el mundo sigue girando, hace que el sol brille sobre malos y buenos y la lluvia caiga sobre justos y pecadores, se estaba refiriendo, precisamente, a ese *tiempo de Dios*, que no apura juicios sobre las personas.

El mensaje de todos los místicos de todas las religiones ha sido el mismo: cuando el alma humana se detiene en la contemplación silenciosa del Misterio/Amor/Motor del Universo, ¡Dios!... cuando sencillamente se queda serena ante Él, entregándose humildemente... algo comienza a *armonizarse por dentro*. Y la persona se siente cada vez más portadora de una especie de intuición, un sexto sentido, que la hace capaz tanto de detenerse y esperar sin ansiedades, como de tomar iniciativas y arriesgarse cuando todos temen hacerlo.

Redoblemos la apuesta: necesitamos crear y creer en una *mística* de la *educación* para estos tiempos, que nos ayude, sencillamente, a estar en *sintonía con el Amor*. Porque el Amor educa, crea y re crea.

3.- Dejando ser al corazón

Quizá tu problema sea la impaciencia, la ansiedad, la necesidad de apurar o controlar los resultados. O quizá, por el contrario, sea la dificultad de tomar iniciativa, el temor de actuar... Charla interiormente contigo mismo/a acerca de eso... Compartir con Dios, si te sale, a modo de coloquio de amigos... Y luego quédate un ratito saboreando tu corazón.

Hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa bajo el sol: un tiempo para nacer y un tiempo para morir, un tiempo para plantar y un tiempo para arrancar lo plantado;

... un tiempo para matar y un tiempo para curar, un tiempo para demoler y un tiempo para edificar; un tiempo para llorar y un tiempo para reír, un tiempo para lamentarse y un tiempo para bailar...

(Libro del Eclesiastés, c3)